

“La clase”: Sócrates en el aula

François y los demás profesores se preparan para un nuevo curso en un instituto de un barrio conflictivo de París. Pero las culturas y las actitudes se enfrentan en el aula, microcosmos de la Francia contemporánea. Por muy divertidos y estimulantes que sean los adolescentes, sus comportamientos pueden cortar de raíz el entusiasmo de un profesor que no cobra bastante

ESTE ES el argumento básico de la película francesa *La clase*, dirigida por Laurent Cantet y basada en la novela *Entre les murs*, del escritor François Bégaudeau (traducida al castellano como *La clase* en El Aleph Editores) y ganadora de la Palma de Oro en el último Festival de Cannes.

La franqueza de François, joven profesor de lengua francesa en un instituto difícil, sorprende a sus alumnos, pero su estricto sentido de la ética se tambalea cuando éstos cuestionan sus métodos. En el diálogo entre Laurent Cantet y François Bégaudeau, recogido por Philippe Mangeot, Cantet dice que “quería demostrar que los institutos son como una caja de resonancia; un microcosmos donde entran en juego cuestiones de igualdad o desigualdad de oportunidades, de trabajo y de poder, de integración cultural y social, de exclusión”. Del libro afirma que “por una vez, un profesor no escribía para saldar cuentas con adolescentes, presentados como auténticos salvajes o tarados”.

Según Cantet la película “es ante todo la crónica de una comunidad de 25 personas que no han elegido estar juntas. En una clase, la inteligencia siempre está en juego, incluso en los malentendidos y en los enfrentamientos”.

Bégaudeau hace hincapié en que en *La clase* domina una adolescencia locuaz y llena de vida en vez de melancólica e inhibida, centrándose más en cómo afectan las lagunas del idioma a los alumnos. En este sentido Cantet observa que “hay momentos de auténtico júbilo del idioma, a pesar de que las expresiones no siempre sean gramaticalmente conformes a lo que espera el profesor. Pero un momento después, se acabó: “Sé lo que quiero decir, pero no sé expresarlo”. A este respecto Bégaudeau señala que “se pasa de la fluidez a la impotencia y viceversa”.

Cantet matiza que en el último tercio de la película “el contrato de igualdad entre profesor y alumnos se rompe por culpa del consejo disciplinario, dado que vuelve a imponerse la jerarquía y la autoridad. Sin embargo, no por eso queda anulado. Durante toda la película, se ve una utopía en pleno funcionamiento. No se trata de una idea acerca de cómo debería ser el colegio, sino de experimentar lo que podría ser. Pero llega un momento en que la utopía se da de bruces contra una máquina mucho mayor que ella, más o menos como lo que pasa fuera de los muros del colegio”.

Para Cantet pocos profesores se arriesgan tanto como François ante los alumnos. “Es más fácil transmitir el saber mediante una clase magistral que intentar hacerles partícipes a todos sin que se den cuentan –comenta- Para eso hace falta mucha sangre fría. Algunos se lo reprochan y otros le envidian. Este hombre tiene algo de Sócrates. Considera a sus alumnos como interlocutores válidos. Siempre se mete con ellos, incluso llega a dar donde duele, pero siempre les empuja a ir más lejos. Si hay democracia en las aulas, es en la suya”.

Bégaudeau recuerda que tanto en una película como en un libro predomina el efecto artístico. De ahí la confusión de muchos lectores del libro que le han comentado: “Pues sí que pasan cosas en las aulas”. “No ven que solo he contado los mejores momentos porque era necesario para el libro”, concluye.